

Actuar en libertad, con fe en el porvenir y respeto por el pasado»: Tomás García Luna y la difusión del eclecticismo en España

Francisco Daniel Hernández Mateo

Correo electrónico fhermand@hum.uc3m.es

Institución: Universidad Carlos III de Madrid

Mesa: Memoria del Pasado

La difusión del eclecticismo en la cultura occidental se debe fundamentalmente al filósofo francés Victor Cousin (París 1792 - Cannes 1867), profesor de la Universidad de La Sorbona, donde se doctora en 1813. Traductor de Platón e imbuido, por tanto, del neoplatonismo que caracteriza al espiritualismo romántico, fue seguidor de las doctrinas de Laromiguière -de quien fue alumno-, Jouffroy, y Royer-Collard, en la línea de los espiritualismos postkantianos que se esforzaron por llegar a la certeza del conocimiento de Dios, el mundo y el propio yo -obstaculizado por las doctrinas sensualistas en boga (Condillac)-, primando la capacidad de la percepción sobre la sensación.

Aquella actitud de búsqueda paciente y en libertad de la verdad, a través de los discursos aportados por la investigación de la historia pasada, con la mirada puesta en el progreso fue pronto asumida por los arquitectos franceses como posible solución para salir de la crisis, a partir del momento en que Constant-Dufeux (1801-1870) propusiera adoptar como divisa para la *Société centrale des architectes*, creada en 1840: «*Le Beau, le Vrai, l'Utile*», que era, precisamente, la fórmula utilizada por César Daly (1811-1894) para definir el eclecticismo en arquitectura, tomada del trasplante -casi literal- de los planteamientos filosóficos de quien por aquel entonces era consejero de Estado, par de Francia y ministro de Educación (1840), además de reputado miembro de la Academia francesa (1830) y de la de ciencias morales y políticas (1832), el profesor Victor Cousin.

Los arquitectos partidarios del eclecticismo no sólo no rompieron con la tradición, sino que la defendieron valorando positivamente las aportaciones del pasado y promoviendo la investigación histórica, pero yendo mucho más allá que los historicismos, entendidos como recuperación del pasado y sus valores para edificar con ellos y sus formas la modernidad; ya que los eclécticos reclamaban los vínculos con la tradición para transgredirlos conscientemente, y procurar aunar y reconciliar las evidentes y legítimas exigencias del moderno presente con los valores del pasado arquitectónico, al que casi siempre se acostumbra etiquetar, en un reflejo romántico, de “nacional”.

Para un arquitecto defensor del eclecticismo no hay “modelos” que imitar, de hecho el irrenunciable afán de libertad de inspiración se impondrá en todos los casos a la tentación del paradigma, tal y como formulan Cousin, sus discípulos y sus seguidores, al conceder igualdad de trato a todos los periodos de la historia, que conviene conocer a fondo para poder acertar en la elección. El vehículo de transformación de la arquitectura que escoge César Daly y los arquitectos del eclecticismo no serán los edificios monumentales legados por el glorioso pasado, sino una construcción cultural, la creación de una revista especializada, la *Revue Générale de l'Architecture et des Travaux Publics*, que se convirtió en la más importante de Francia en la segunda mitad del siglo XIX, y una de las más influyentes de Europa. Fundada en 1840, año en que se crea la famosa Société Centrale des Architectes (en 1835 fue fundado el Royal Institute of British Architects), a la que Daly se compromete a arropar convencido de la importancia que tiene para el buen desempeño del trabajo del arquitecto la creación de un frente común que vele por los intereses corporativos; asimismo animará a la fundación de las corporaciones provinciales de arquitectos y de la Société Nationale des Architectes de France. Labor que prolongará ininterrumpidamente hasta 1890, año en que deja de publicarse la *R.G.A.*

Como no podía ser de otra manera, los primeros años de publicación y consolidación de la revista, vienen caracterizados por un anticlasicismo auspiciado por la vinculación de César Daly a Labrouste y por la admiración hacia los trabajos de Viollet-le-Duc, que lograron atraer la atención de los arquitectos hacia otras fórmulas de la arquitectura del pasado tan dignas o más que las de la antigüedad greco-latina. Pero la intención del director de la publicación no es la de instrumentalizar su revista para sustituir en el pedestal de la imitación a un modelo por otro, sino la de destruir el pedestal, o, mejor aún, la de auparlo al arquitecto sobre el pedestal y que sea él desde su posición de dominio cultural y civilizado el que elija y escoja lo que más le convenga de entre los modelos históricos que tiene a sus pies (en perfecta sintonía con los postulados de Cousin), para elaborar -componer- su propia arquitectura.

El moderno eclecticismo de raigambre francesa encontró sus primeros adeptos españoles en Andalucía, ya que fue en Cádiz donde el filósofo Laromiguière, profesor de la Sorbona y maestro de Victor Cousin, tuvo a

sus más entusiastas seguidores y difusores de su pensamiento, siendo el centro de irradiación el gaditano Colegio de San Felipe Neri, de cuyo Colegio de Humanidades era director Alberto Lista, quien se ajustaba estrictamente a las doctrinas del famoso profesor de la Sorbona¹.

Aunque se tiene como más fiel seguidor del eclecticismo propugnado por Victor Cousin al gaditano Tomás García Luna (m. 1880). A pesar de la aparente fragilidad del corpus filosófico del eclecticismo, en España tuvo una influencia muy destacada en el campo de la enseñanza, en cuanto que fue considerado el mejor método para el estudio de la filosofía, y en muchos casos, de las ciencias experimentales. Fue acogido con agrado por cuantos intelectuales buscaban armonizar los logros del materialismo y del sensualismo con la fidelidad a los dogmas de la doctrina católica, y para muchos el eclecticismo era la encarnación del buen talante, del espíritu del siglo.

Con el indudable interés que, en nuestra opinión, tiene la figura de Tomás García Luna en el universo intelectual de la España del siglo XIX, su reconocimiento en el campo del pensamiento español no ha pasado de la consideración de filósofo de segunda, al no reconocérsele más mérito que su labor como difusor de la doctrina ecléctica de Victor Cousin. De hecho, en los prontuarios sobre la historia del pensamiento español, al gaditano lo suelen epitetar de escritor y no de filósofo. Bien es verdad que figura como titular de una cátedra de lingüística y otra de gramática en el Ateneo de Madrid, antes que desempeñara las de Filosofía y Filosofía del Derecho². De ahí que esta comunicación pretenda contribuir a esclarecer su protagonismo en la difusión del eclecticismo en España.

Tomás García Luna empezó impartiendo sus *Lecciones de Filosofía Ecléctica*, en su casa de Cádiz a unos cuantos amigos con inquietudes culturales y filosóficas. Como él mismo relata en la introducción a sus *Lecciones...*, la insistencia de sus amistades le llevó a trasladar las clases a los locales de la Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad trimilenaria, hecho que no pasó inadvertido para una parte de la intelectualidad de la época, celebrando la iniciativa de aquella Sociedad, de establecer una cátedra de filosofía, como una de las mejores armas para mejorar la calidad moral de los ciudadanos y elevar el nivel de vida de la sociedad. Aquellas lecciones tuvieron un éxito sonado, tanto que poco después encontramos al ilustre gaditano dictando sus clases ante un selecto auditorio en los salones del Ateneo de Madrid, que fue constituido el 26 de noviembre de 1835, bajo el impulso del movimiento literario romántico, que puso al Duque de Rivas en la Presidencia.

El público asistente celebraba la claridad de exposición del ponente, quien exhibía un respeto reverencial por cualquier episodio de la historia de la filosofía, lo que también significaba un conocimiento profundo y extenso de la disciplina en cuestión, y una capacidad poco común de ejemplificar los conceptos abordados en abstracto, o como decía su paisano y amigo Felipe Villaranda «*ciertos destellos de imaginación, que fecundizan la natural aridez del asunto*³», cualidad que tuvo en común con su maestro Victor Cousin. Aquellas *Lecciones de Filosofía Ecléctica* terminó dándolas a la imprenta en tres tomos, entre 1842 y 1845. Consagrando el primero a la idea general de la filosofía, al método, a la sensibilidad y a las facultades intelectuales; prosigue con la psicología, abordando la teoría estética al tratar de la imaginación, en el segundo tomo, y termina desplegando sus amplios conocimientos de gramática en el tercero, que titula *Gramática general ó filosofía del lenguaje*.

Junto a sus famosas *Lecciones...*, hemos mencionar su *Manual de historia de la filosofía*⁴ obra que refleja la preocupación de todo filósofo ecléctico por la salvaguarda de la historia de la filosofía en ese respeto sagrado por todas las escuelas de pensamiento que han sido, sin discriminaciones de ningún género, ya que todas ellas contienen porciones distintas de la única verdad. De este modo, también pudo contribuir a prestigiar a quien consideraba su maestro, ya que dicho manual fue uno de los pioneros en incorporar en el último epígrafe la nueva filosofía ecléctica.

¹MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *La filosofía española*. Madrid, Rialp, 1964 (2ª). p. 364.

² *Lista de los Sres. Socios del Ateneo Científico Literario y Artístico de esta Corte en 20 de marzo de 1849*. Madrid: Imprenta de la Publicidad, a cargo de Rivedeneyra Calle de Jesus del Valle, núm. 6, 1849.

Memoria Leída en el Ateneo Científico y Literario de Madrid en la Junta General del 30 de diciembre de 1844 por el secretario primero Don José Joaquín Mateos. Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica. Calle de la Manzana Num. 14, 1845.

³ VILLARANDA, Felipe: "Lecciones de filosofía pronunciadas en la sala de sesiones de la Sociedad Económica de Cádiz, por D. Tomás García Luna", en *Revista Andaluza*, tomo IV. Sevilla, Imprenta de la Revista Andaluza, 1842.pp. 499-500.

⁴ Madrid, Rivadeneyra, 1847.

También realizó incursiones en el campo de la filosofía de la historia, una ciencia relativamente moderna, aparecida por primera vez según el filósofo gaditano en 1725, cuyo cultivo elevaba el alma humana a la contemplación de cuanto grande y sublime hay en el destino del hombre, que sintoniza armónicamente con la preocupación por el estudio de la historia, por el aprendizaje de las lecciones impartidas por las distintas civilizaciones que han poblado el orbe, siguiendo el rastro de Hegel, cuando afirmaba que cada pueblo está destinado a llevar a cabo una tarea determinada.

Junto a la cátedra en el Ateneo de Madrid, otro instrumento que utiliza el filósofo gaditano para la difusión del eclecticismo fue la edición de revistas culturales y la colaboración infatigable con otras publicaciones, aspecto éste menos conocido de su quehacer, así como el desempeño de su labor como Inspector de Enseñanza Primaria, trabajando para el Estado en la universalización de la educación primaria en Andalucía. Respecto a las publicaciones, baste mencionar ahora la fundación de la *Revista Gaditana* en 1839, en la época de la Regencia de María Cristina, que tendrá su continuidad en la *Revista Andaluza*, editada en Sevilla en 1841. También colabora estrechamente con la *Revista de Ciencias, Literatura y Arte*, fundada en Sevilla en 1855 por Adolfo de Castro, en unión a los poetas y co-directores de la misma, José Fernández-Espino y Manuel Cañete profesor este último de Literatura dramática en el Ateneo de Madrid, discípulos ambos de Alberto Lista⁵. Además, colaboró en publicaciones como la revista *La Alhambra*, *Revista de Madrid* o *Revista de Europa*, colaboraciones cuyo estudio esperamos que aporte una visión más completa del mejor filósofo del eclecticismo español.

⁵ En opinión de Méndez Bejarano, la revista sevillana fue uno de los mejores órganos culturales de que dispuso España a mediados del siglo XIX. Vid. MÉNDEZ BEJARANO, Mario: *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX*. Madrid, Renacimiento, s.d. p. 463.